

Kazuo Ishiguro



© Vanity Fair

1

Kazuo Ishiguro, otro Nobel de literatura para las masas por Noel Ceballos (Revista GQ, 2017)

Tras Bob Dylan, la Academia Sueca vuelve a apostar por un autor leído, consagrado y admirado en todo el mundo.

Si la Academia Sueca estaba buscando un puente entre Oriente y Occidente para el [Nobel de literatura](#) de este año, no podrían haber encontrado a alguien mejor que Kazuo Ishiguro. Nacido en Nagasaki sólo nueve años después de la bomba atómica, el escritor y guionista se mudó a Londres con su familia en el año 1960. Él mismo tiene dificultades a la hora de considerarse japonés, pero sus dos primeras novelas, '*Pálida luz en las colinas*' (1982) y '*Un artista del mundo flotante*' (1986), destacan por su equilibrada combinación de personajes o estilos inherentemente nipones con una serie de temas —la pérdida, el artista como extensión de una masculinidad cuestionable, la hipocresía social, el narrador poco fiable, el mundo interior de la mujer sensible— que identificamos de inmediato como centrales para la novela inglesa del siglo XX. Ishiguro no podría ser más británico, pero su universo creativo no se puede entender sin la influencia oriental.

Su consagración llegó, por supuesto, gracias a '*Los restos del día*' (1989), ganadora del premio Man Booker y llevada al cine en 1993 por la Merchant Ivory. Esta obra maestra sobre la desesperación de un amor no correspondido y la persistencia de la memoria (siempre latente bajo toda fachada de olvido digno) ligaba los remordimientos internos de su protagonista con la muerte de todo un

2018-2019

sistema de clases a lo largo de treinta años de historia británica. Quizá por eso, su siguiente novela, *'Los inconsolables'* (1995) se concentra en un periodo de tres días. Extraña y alucinatoria, sigue siendo la obra más desafiante de un autor que, en los últimos años, se hizo tremendamente popular gracias a sus relatos breves —recogidos en la melómana y sensorial *'Nocturnos: Cinco historias de música y noche'* (2009) — y, sobre todo, a *'Nunca me abandones'* (2005), arma secreta de todo profesor o profesora de secundaria con un mínimo de astucia que, además, abrió la puerta de la ciencia-ficción y la fantasía dentro de su obra. En ese sentido, *'El gigante enterrado'* (2015), último trabajo publicado, se erige también como un triunfal testimonio de su imaginación, aún funcionando a pleno rendimiento.

Es evidente que la Academia ha querido seguir apostando por autores consagrados, adaptados y más aceptados por las masas que eternos aspirantes como Ngũgĩ wa Thiong'o, Ko Un o Péter Nadas. También es evidente que sus ganas de trollar a Haruki Murakami van a entrar ya de lleno en las leyendas literarias del siglo XXI, así como que la posición de este autor en concreto sobre el asunto del Brexit, absolutamente firme, puede ser interpretada como un mensaje político. Como Dylan, Ishiguro es un autor que significa muchísimo para muchísima gente en todo el mundo, pero también alguien a descubrir por tantas y tantas personas que llevan años oyendo hablar de él. Es la línea que el Nobel de literatura ha escogido de unos años a esta parte, luego ya deberíamos estar acostumbrados.

Fonte: <https://www.revistagq.com/noticias/cultura/articulos/kazuo-ishiguro-premio-nobel-de-literatura-2017/26979>

Las muchas virtudes de Los restos del día por Daniel Krauze (Letras Libres, 2017)

Atrevida en lo formal, repleta de comentarios fascinantes sobre la naturaleza del servilismo y el mundo de la posguerra, esta novela ejemplifica las virtudes de Kazuo Ishiguro, premio Nobel de Literatura 2017.

Los restos del día es una milagrosa contradicción: una novela hilarante aunque el mayordomo Stevens, nuestro narrador, es incapaz de entender un chiste; un relato profundamente conmovedor a pesar de que Stevens no puede admitir un solo sentimiento; una gran historia de la Segunda Guerra Mundial en la cual el narrador está educado para no registrar lo que ocurre a su alrededor y, por último, un romance entre dos personas que no se tocan ni el meñique. Todo esto contado por una voz en primera persona que en cada página, palabra y diálogo suena, piensa y se comporta como un mayordomo inglés de la primera mitad del siglo XX: un acto que para un escritor supone sostener un malabar por más de doscientas páginas.

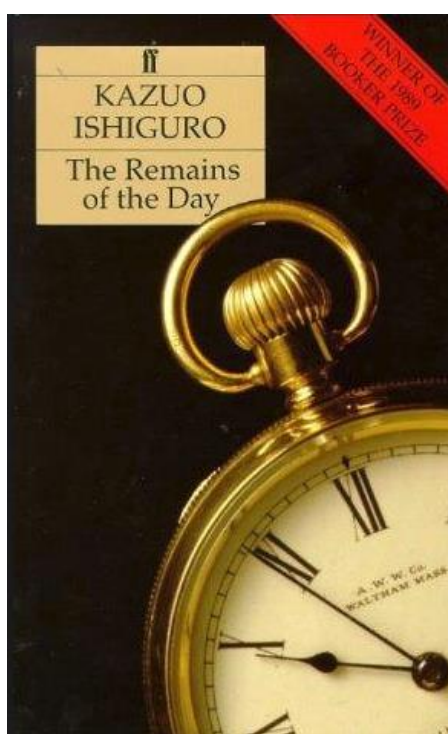
La novela narra un viaje en carretera desde Darlington Hall, la gran casona en la que Stevens funge como mayordomo, al puerto de Weymouth, donde vive la señorita Kenton (ahora, casada, la señora Benn), quien fungió durante años como el ama de llaves de Darlington y a quien Stevens desea contratar de nuevo, aprovechando que el señor Farraday, un estadounidense multimillonario, ha comprado la enorme propiedad. El viaje impulsa a Stevens a recordar la llegada de la señorita Kenton a la casa, cuando era apenas una jovencita. De ese primer recuerdo se desprende el relato de una vida juntos, enmarcada por los tejemanejes de Lord Darlington, quien busca la amistad de los nazis

Tertulias literarias

antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Stevens, por supuesto, se enamora de la señorita Kenton, mientras observa cómo su amo –a quien obedece sin chistar– traiciona a su patria.

La peculiaridad de Stevens como narrador es que en ningún momento da opinión alguna sobre su enamoramiento o sobre el derrumbe moral de Darlington. Como buen mayordomo inglés de aquel entonces, está incapacitado para la reflexión. No puede siquiera titubear cuando recibe una orden, ni poner en tela de juicio el carácter o las motivaciones de quien la emite. Ishiguro parece escribir con camisa de fuerza. La maravilla de este libro es que logra transmitirnos todo ese universo a pesar de las restricciones que el autor mismo se impone. El lector está siempre adelante del narrador: sabemos qué piensa y qué siente aun cuando él no puede saberlo ni verse a sí mismo con honestidad.

3



Es gracias a esa contención que la novela conmueve tanto al final, cuando Stevens, ante el desengaño, admite lo que ha sentido por la señorita Kenton durante este tiempo:

I do not think I responded immediately, for it took me a moment or two to fully digest these words of Miss Kenton. Moreover, as you might appreciate, their implications were such as to provoke a certain degree of sorrow within me. Indeed –why should I not admit it? – at that moment, my heart was breaking.

Este fragmento encapsula las virtudes de la novela y de Ishiguro como escritor. Noten el cuidado al detalle en la forma como Stevens se refiere a la antes ama de llaves. Aunque en los diálogos le diga “señora Benn” –porque Benn es el apellido de su actual esposo y sería maleducado no emplearlo–, cuando piensa en ella utiliza el apellido que ella usaba cuando vivía en Darlington Hall: Kenton. El contraste dice muchísimo sobre el conflicto interior de Stevens, a quien le duele referirse a Miss Kenton como Mrs Benn. Incluso en ese momento, el mayordomo no deja de pedir nuestra indulgencia, como si debiéramos disculparlo por aceptar que este reencuentro lo entristece (“As you might appreciate”, nos dice, pidiendo que nos pongamos en sus zapatos). Y qué triste ese crescendo, brincando en solo dos líneas de “a certain degree of sorrow” (“un cierto dolor”) a “my heart was breaking” (“mi corazón se estaba quebrando”). ¿Hay una oración más devastadora que aquella que va entre guiones? En una pregunta Ishiguro sugiere no lo que Stevens ha anotado en la página, sino lo que pensó antes de anotar lo que anotó en la página. Su crianza y su oficio le han inculcado que está prohibido reconocer lo que uno siente. Esa pregunta es el primer instante donde Ishiguro nos permite ver lo que hay dentro de Stevens. La duda parece un triunfo, hasta que leemos que Stevens decide no compartirle sus sentimientos a “la señora Benn”.

Unas páginas más adelante, Stevens se confiesa con un hombre de clase baja con el que charla en un muelle. El viejo mayordomo reconoce haber confiado en el juicio de su amo. Le duele que, al haber dedicado su vida a la servidumbre, sus errores ni siquiera fueran suyos:

2018-2019

Tertulias literarias

Lord Darlington wasn't a bad man (...) He chose a certain path in life, it proved to be a misguided one, but there, he chose it, he can say that at least. As for myself, I cannot even claim that. You see, I trusted. I trusted in his lordship's wisdom. All those years I served him, I trusted I was doing something worthwhile. I can't even say I made my own mistakes. Really -one has to ask oneself- what dignity is there in that?

Así, *Los restos del día* se revela como un retrato acaso perfecto no de Gran Bretaña en los albores de la Segunda Guerra Mundial, sino de otra isla, a la que Kazuo Ishiguro está ligado desde la cuna. Seguramente no soy el primero en leer el libro como una parábola de Japón durante aquel periodo. En *Embracing defeat: Japan in the wake of World War II*, John W. Dower habla de las repercusiones que tuvo para el pueblo japonés el que a Hirohito nunca se le llevara a juicio por su responsabilidad en el conflicto armado. “El rol del emperador nunca fue investigado a cabalidad”, dice Dower. “Los estadounidenses lo disuadieron de aceptar hasta la responsabilidad moral por la represión y la violencia que se habían llevado a cabo en su nombre y con su aprobación (...) Si la suprema autoridad secular y espiritual de Japón no tuvo responsabilidad alguna en la guerra, ¿por qué sus súbditos tendrían que someterse a la autorreflexión?”. Hay ecos de lo que cuenta Dower en la relación entre Stevens y Darlington.

Ian Buruma apunta algo similar en *The wages of guilt*, lúcido ensayo sobre las diferentes formas en las que Alemania Occidental, Alemania Oriental y Japón digirieron las culpas de posguerra. Durante la Segunda Guerra Mundial, Hirohito era una figura tan venerada que, como cuenta Dower, “un oficial de la marina británica en el Pacífico sugirió, con absoluta seriedad, que los ataques kamikaze podrían detenerse si los aliados dibujaban al emperador en el flanco de sus embarcaciones”. Para el pueblo japonés la palabra de Hirohito era ley, como la de Lord Darlington es para Stevens. Contradecirla, dudar de ella, meditar antes de acatarla, era simplemente imposible. La deriva del mayordomo en ese muelle, lamentando la vida que tiró a la basura en honor a su amo, es similar a la deriva del Japón de posguerra, una nación enviada a la conquista y después humillada por “cumplir, como súbditos, el destino imperial”.

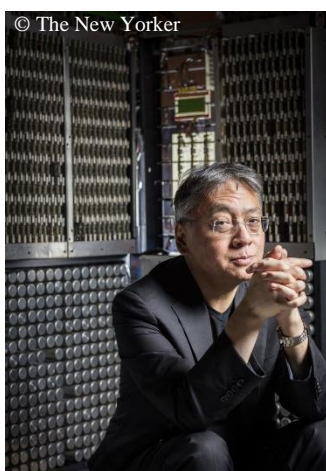
Formalmente atrevido y repleto de comentarios fascinantes sobre la naturaleza del servilismo y el mundo de posguerra, este célebre libro expone bien los motivos por los cuales Kazuo Ishiguro es un merecido acreedor del premio Nobel de Literatura 2017.

Fonte: <https://www.letraslibres.com/espana-mexico/literatura/las-muchas-virtudes-los-restos-del-dia>

Un dardo que inocular lentamente su veneno

Por Beatriz Garza (*The Citizen*, 2017)

Cuando Kazuo Ishiguro (Nagasaki, 1954), recibió hace unos meses el Nobel de Literatura 2017 ¿a quién no le vino a la cabeza su novela más aclamada «*Los restos del día*»? ¿y la imagen de Anthony Hopkins como el impertérrito mayordomo Stevens? Pero con independencia de la popularidad que suelen generar los premios y las adaptaciones cinematográficas, voy a tratar de convencerlos en las próximas mil palabras de lo que tiene de especial esta obra literaria y por qué vale la pena adentrarse en ella.



© The New Yorker

Mister Stevens, protagonista y narrador en primera persona de la novela, ostenta el puesto de primer mayordomo de Darlington Hall desde hace casi cuarenta años. Acaba de tomarse (por ofrecimiento de mister Farraday, el nuevo dueño de la mansión) cinco impensables días de vacaciones y su reflexión nos muestra que el hecho de salir de su zona de confort está empezando a causar efecto en él.

Tanto en la literatura como en el cine, un viaje (el arquetipo argumental del viaje iniciático) suele funcionar como detonante para que sus protagonistas inicien un proceso interior paralelo que les obligue a revisar su vida y así poder evolucionar y seguir adelante. Pero ¿qué acontecimientos en la vida de un entregado mayordomo, vocacionalmente aislado del mundo, tendrían necesidad de ser revisados?

En primer lugar, la multitud de hechos sucedidos en Darlington Hall durante los más de treinta y cinco años que estuvo a las órdenes de lord Darlington: reuniones y movimientos estratégicos de alto nivel relacionados con la delicada y compleja situación política de Europa antes y después de la 2ª Guerra Mundial y en los que su (admirado) señor jugó un importante papel que le valió su posterior hundimiento social. En segundo lugar, el cúmulo de encuentros y desencuentros vividos en el pasado con miss Kenton, antigua ama de llaves de Darlington Hall.

Pero la promesa de conocer dichos hechos no garantiza en sí misma el interés del lector a lo largo de las más de doscientas páginas. Hay un elemento mucho más poderoso que es la voz del narrador, la voz de ese mayordomo educado, reflexivo y consecuente que, sin embargo, va cayendo de manera puntual y a veces casi imperceptible, en pequeñas contradicciones. Y son dichas contradicciones las que sacan a relucir el complejo conflicto interno que se urde en las entretelas del personaje.

Stevens se halla enredado en el clásico debate entre el deber y la voluntad con una particularidad: que él mismo se sitúa entre ambos extremos (y también en el mundo) no como hombre sino como mayordomo. Y todo buen mayordomo solo tiene una postura frente a todo lo que quede estrictamente fuera de sus obligaciones: la indiferencia (lo que él denomina «dignidad»). Esa actitud combinada con otros rasgos de carácter, como su escasa empatía, hace que viva en una perpetua desconexión emocional con el mundo, no solo el que hay más allá de las paredes de Darlington Hall, si no el mundo próximo de las personas con las que trabaja a diario codo con codo. Los recuerdos de su relación en el pasado con miss Kenton (una mujer de firme personalidad y carácter emocional) ponen de relieve no solo la tensión sexual no resuelta que había entre ambos, sino que contribuyen

Tertulias literarias

a reforzar aún más la imagen contenida y esforzada del mayordomo. Relacionado con esto, el autor introduce un apunte a través del retrato del señor Stevens padre (también mayordomo, también «digno») sin aclarar si se trata de una particularidad genética, si es producto de la mimesis o si ambos son el triste resultado de una educación empobrecida por la ausencia de contacto o de cariño. O todo junto. El caso es que el autor nos sumerge con toda su mala intención en ese mar de grises para, después, abandonarnos en él. Porque Ishiguro sabe que las cosas no son blancas o negras, y su literatura así lo refleja.

Por otra parte, la idiosincrasia de Stevens destila una especie de inocencia que impregna muchas de sus reflexiones y a menudo el lector percibe los hechos que relata con mucha mayor claridad que él mismo. Se trata, por tanto, de lo que se conoce como un «narrador no fiable» con la característica de que, además, no es consciente de ello. Una apuesta técnica de gran dificultad que no admite fisuras y que Ishiguro ejecuta con maestría.

La estructura de la novela es la de un diario de viaje en la que los días se numeran metódicamente. En cada jornada se alterna información diversa: los lugares que ha visitado ese día o con quién se ha encontrado, sus reflexiones sobre su profesión y lo que se debe considerar o no un buen mayordomo y los recuerdos de los días gloriosos en Darlington Hall con todos aquellas personalidades, invitadas por lord Darlington, que iban a cambiar el curso de la historia, así como sus propias idas y venidas con miss Kenton. Toda esa información aparentemente desconectada entre sí, se va hilando de un modo natural y pertinente a través de las reflexiones del narrador con el objetivo de ir adentrando un poco más al lector en la psicología del protagonista, sus contradicciones y su particular percepción de los hechos. De esa sutil amalgama es de la que empiezan a aflorar las contradicciones de mister Stevens y, a continuación, las dudas.

El título «*Los restos del día*» se refiere a esos momentos fugaces de reflexión en los cuales uno decide si indaga en el pasado o disfruta del momento que se le brinda justo en ese instante. Stevens ha pasado todo su viaje mirando hacia atrás, ha descubierto cosas que no son de su agrado y la pregunta es ¿en qué va a emplear sus restos del día? Os adelanto que Ishiguro no es un autor complaciente en su mensaje y que esta no es una obra en la que al final todo encaja a la perfección. La evolución del personaje no es redonda ni completa, porque la vida no es así y aunque él toma conciencia de los errores cometidos no puede dejar atrás su particular idiosincrasia y decide seguir adelante con ella, sin embargo ¿podrá hacerlo con la misma frialdad ahora que sabe que con su labor sirvió a la causa de un simpatizante nazi o que pudo ser feliz junto a miss Kenton pero las oportunidades de tenerla a su lado ya están definitivamente agotadas?

Por último, en relación al dardo que menciono como título de la reseña, animo a aquellos que os embarquéis en esta lectura a que, una vez finalizada, releáis con especial atención la frase que abre la novela. Una frase que se enuncia con un desproporcionado esfuerzo oratorio para transmitir un mensaje absolutamente simple, y es que lo que pretende en realidad es condensar el espíritu de ambigüedad, contradicción y desafección del protagonista que condicionará todo su relato. Os la podría haber transcrito pero entonces ya no tendríais tanta curiosidad ¿no?

Que aproveche.

Fonte: <https://thecitizen.es/literatura/un-dardo-que-inocula-su-veneno-lentamente>

2018-2019

'Lo que queda del día'*, la herida del tiempo

Por Adrián Massanet (www.espinof.com, 2010)



El director californiano James Ivory (Berkeley, 1928), de ascendencia europea, saltó a la fama internacional en 1985 con *'Una habitación con vistas'* ('A Room with a View'), adaptación de la novela homónima de E. M. Forster, entre otras cosas porque fue nominada a ocho premios Oscar. Y desde entonces, con mayor o menor fortuna, pasó algunos lustros dirigiendo ese tipo de películas de "prestigio" que tanto gustan a los americanos. Proyectos de época, de cuidada ambientación y reparto británico (las más de las veces), que si no ganaban el Oscar a mejor película, por lo menos conseguían el de mejor dirección artística o vestuario, y que estaban hechas con dinero americano. Un cineasta que, pese a su pericia, conocimientos y buena dirección de actores, nunca me ha apasionado, pues sus temas y su estilo desprenden una frialdad y una asepsia recalcitrantes. Y sin embargo, en 1993 dirigió una maravilla titulada *'Lo que queda del día'* ('The Remains of the Day'), probando una vez más que hasta el cineasta menos estimulante y más irregular te puede presentar una joya imperecedera.

'Lo que queda del día' (el título literal sería 'Los restos del día') es una adaptación extraordinaria de la no menos extraordinaria novela de Kazuo Ishiguro, un novelista nacido en Nagasaki, pero cuya familia se trasladó a Inglaterra en los años sesenta, y que desde 1982 posee nacionalidad británica. Esta fue su tercera novela, en la que evidencia un conocimiento pasmoso de la historia y las costumbres de su país de adopción. El guión de la también novelista, y frecuente autora de los guiones de Ivory, Ruth Prawer Jhabvala exprime y convierte en imágenes la intrincada y bella literatura de Ishiguro para que Ivory, en inusitada plenitud, convierta ese guión en un filme verdaderamente excepcional, el mejor de toda su carrera con grandísima diferencia, que justo un año después de la muy sobrevalorada *'Regreso a Howards End'* ('Howards End', 1992), un buen ejemplo de cine superficial que va de profundo, que no anticipaba en nada la belleza de *'Lo que queda del día'*, un relato sobre lo irrecuperable del tiempo perdido, sobre el desperdicio de una vida sacrificada y desperdiciada.

A grandes rasgos, la cosa va de un anciano mayordomo que inicia un viaje de descubrimiento interior, cuando decide viajar para reencontrarse con cierta persona, y mientras viaja recuerda los años que pasó trabajando con ella, ya que mientras él era el primer mayordomo de Darlington Hall ella era el ama de llaves, y aunque estaba enamorado de ella nunca le dijo nada. Es la apasionante premisa de un filme que en un principio iba a dirigir Mike Nichols, pero que afortunadamente se retiró de esa responsabilidad para figurar solamente como productor, siempre detrás de la pareja profesional y vital de Ivory, el inglés de origen hindú Ismail Merchant, que es el verdadero productor

Tertulias literarias

e impulsor del proyecto. Una adaptación nada fácil, con todo, cuidada hasta el más mínimo detalle, filmada en impresionantes localizaciones de los más bellos parajes ingleses, y bajo la que late una nostalgia y una melancolía más susurradas que mostradas, y que por eso causan mucha más mella en el espectador.

Los sentimientos reprimidos del mayordomo

De la larga y desigual carrera de Anthony Hopkins, el papel del mayordomo Stevens es fácilmente uno de sus tres o cuatro más perfectos y sobrecogedores. Creo que muy pocos actores en el mundo hubieran podido dar vida a un personaje tan reprimido, tan impasible, y sin embargo tan atormentado en su interior. No es que Hopkins haga sospechar al espectador de los verdaderos sentimientos de Stevens de manera sutil, con una mirada o un tenue gesto. Es que Stevens, en todo el segmento del pasado, los enormes flash-backs que constituyen el eje de la historia, no deja traslucir absolutamente nada. Es un sujeto pétreo. Pero de ahí se deducen su soledad, su admiración por el ama de llaves, su frustración. Comportarse de manera inmovible es su forma de ser, y mostrarse como una roca hasta en la tragedia de su padre o ante las lágrimas de la señora Kent, acontecimientos ante los que cualquiera reaccionaría, demuestran, por omisión, y con ella de una forma más nítida y dolorosa, su angustia anímica.

A su lado, Emma Thompson está en el papel de su vida. Esta magnífica mujer y actriz no es que esté perfecta como la señora Kent. Es que es la señora Kent de los pies a la cabeza, y hay momentos fugaces que hacen estremecer, instantes inimaginables en los que acompaña a Hopkins: el primer encuentro entre ambos, la excepcional secuencia del libro en que ella lo acorrala contra la pared, la despedida, la secuencia con ella llorando detrás de la puerta, la escena final bajo la lluvia... James Ivory se vuelve un artista excepcional narrando esos rescoldos, esos despojos o restos del día, en los que los trabajadores tienen ocasión de ocuparse de su vida privada, de conocerse un poco, siquiera de hablar o de fumar un cigarro. Pasa el tiempo y no ocurre nada, y no se puede recuperar ese tiempo. El tema de la película, sin duda, es que por escaso tiempo propio del que dispongamos, por muchos errores que se cometan, hay que hacer algo en el presente antes de que se convierta en pasado.

Darlington Hall, la enorme mansión, y sus verdes alrededores, son un personaje más de esta película. Como un ser vivo. Cada habitación, estancia, pasillo y puerta, cada mueble, color, moldura o textura, se queda grabada a fuego en la retina, como debe ser en un lugar de trabajo que además es residencia para los miembros del servicio del gran Lord. Interpretado con gran talento por James Fox, Lord Darlington es un ser patético, entrañable y trágico, que se hunde en la miseria por apoyar a los nazis antes de la Segunda Guerra Mundial, pero que a pesar de todo contará con la lealtad inquebrantable, indestructible, de Stevens. Y por esa lealtad, en la sublime forma del sacrificio, quizá Stevens pierde la oportunidad de ser feliz por primera vez en su vida. En su sometimiento voluntario a Darlington (la mansión y el amo), Stevens se muestra de mayor altura moral, de igual manera que en su silencio inflexible con la señora Kenton se muestra más digno y más valiente que ella, autoproclamada como una cobarde.

La magistral dirección de fotografía de Tony Pierce-Roberts, que propone un viaje en el tiempo sin fisuras; el exacto y bellissimo diseño de producción de Luciana Arrighi, que reconstruye dos épocas pasadas; la evocadora música de Richard Robbins, tan persistente como la personalidad de Stevens;



la pausada y sosegada, bajo la que palpita una tensión casi insostenible, puesta en escena de Ivory, hacen de este filme algo irrepitible. Nominada a ocho Oscar, no ganó ninguno. Ese año triunfó 'La lista de Schindler' ('Schindler's List', Steven Spielberg, 1993), que es una buena película. Pero ese año competían esta obra maestra, y 'La edad de la inocencia' ('The Age of Innocence', Martin Scorsese), y 'Tierras de penumbra' ('Shadowlands', Richard Attenborough), sobre las que hablaremos muy pronto, muy superiores todas ellas a la película ganadora.

Secuencia predilecta

Mi favorita es el alto en el camino que efectúa Stevens en su viaje para reencontrarse con la señora Kent. En ese alto, en el que Stevens duerme en una de esas preciosas posadas inglesas, ocurren tantas cosas que no se dicen, Hopkins desvela parte del dolor que durante tanto tiempo le ha atenazado... que siempre que la veo una inexplicable pesadumbre me deja sin respiración. Es la secuencia de un hombre que ha sido prisionero de sí mismo y de su pasado y que sabe que tiene la última oportunidad de enmendarlo todo. Más belleza no se le puede pedir al cine.

Fonte: <https://www.espinof.com/criticas/lo-que-queda-del-dia-la-herida-del-tiempo>

*O dvd "Lo que queda del día" está dispoñible para préstamo na Biblioteca Central Rialeda.

Obras de Kazuo Ishiguro nas Bibliotecas de Oleiros:



[Arquivo documentación Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 - Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

2018-2019